

La importancia de la verdad. Para una cultura pública decente.

LYNCH, M. P. Barcelona: Ediciones Paidós, 2005

Por Pablo Santcovsky, sociólogo y doctorando en comunicación y periodismo en la UAB

La mejor forma de definir de qué trata este elocuente libro es a través de las palabras de su autor:

“Este libro trata de por qué importa la verdad en nuestra vida personal y política.” (p. 13)

En principio, desde una cierta óptica racionalista, puede parecer osado situar a la verdad en un plano normativo, y esa cuestión es uno de los principales temas de toda la obra de Michael P. Lynch, filósofo de profesión. En diez capítulos agrupados en tres partes diferenciadas, nos traza una larga argumentación con fuertes instrumentos procedentes de la ética y, frecuentemente, de la filosofía del conocimiento. Manteniendo un tono que pretende alejarse del academismo, Lynch nos da ejemplos de la vida cotidiana para convencernos de la importancia de la verdad y, además, lo hace sin perder el grado de profundidad necesario que ello requiere. Así, su programa también pretende ser una especie de guía útil para abordar problemas cotidianos con los que todos nos podemos encontrar alrededor del uso de la verdad.

En el primer capítulo, Lynch asume cuatro *obviaciones* que defenderá durante toda la argumentación: a) que la verdad es objetiva; b) que la verdad es buena; c) que vale la pena investigar la verdad, y d) que vale la pena preocuparse por la verdad en sí misma (p. 34). La verdad, para Lynch, es una verdad *profundamente normativa*, que parte de la concepción de que son nuestras *creencias* las que son o no son verdaderas. Bajo esa percepción básica, nos dice que la verdad es digna de interés, pero no de veneración. La verdad es un valor entre otros muchos, y debe importarnos a *nosotros*, a los seres humanos *reales*. Apelando al mismo sentido común intuitivo al que apelan otras simulaciones filosóficas como la posición original de Rawls o el estado de naturaleza de Rousseau, el autor nos invita a entrar en una máquina en la que, una vez dentro, disfrutaríamos de una realidad virtual diseñada a nuestra voluntad, donde incluso podríamos olvidarnos de que estamos ahí, y de que la única

condición sería que nunca podríamos salir de ella. Lynch nos sugiere que, dada esa situación, la mayoría de nosotros nos negaríamos a entrar en la máquina, ya que no queremos pasar el resto de nuestra vida en un mundo *virtual*, preferiríamos una vida de verdad, aunque a veces fuera cruda. Según el autor, las habituales críticas a las cuatro obviedades consisten en asociarlas a las siguientes "malas" ideas: que sólo existe una verdad, que sólo la razón "pura" puede acceder a la verdad, que la verdad es misteriosa, que sólo algunas personas pueden conocer la verdad y deberíamos buscar la verdad de todas las formas. En los siguientes capítulos, se dedica a ir derribando dichas proposiciones.

En el segundo capítulo, Lynch pone sobre la mesa la noción kantiana de que las experiencias que percibimos del mundo son modeladas por nuestras propias estructuras mentales, esto es, hay un innegable filtro en la percepción que tenemos de lo real: nuestra mente. Sin embargo, inmediatamente nos recuerda que al poder ser conscientes de ese velo natural que hay entre la realidad tal y como es y nuestro conocimiento, podemos detectar y concienciarnos de nuestros propios errores de percepción, así como establecer mecanismos de comprobación empírica que nos ayuden a dar consistencia y verosimilitud a lo que queremos saber, si es veraz o no. El autor del libro prosigue defendiendo que, aunque no podemos resolver los problemas con una certeza absoluta, la certeza es una cuestión de grado. El valor de la búsqueda de la verdad no reside en la posibilidad de alcanzar certeza absoluta. Seguidamente, refuerza su tesis acogiéndose a cierto escepticismo:

“La posibilidad de que podamos equivocarnos implica que la verdad es independiente de nuestras creencias; y la objetividad de la verdad implica, a su vez, que siempre podríamos equivocarnos. En última instancia, lo que ello muestra es que, en la medida en que pensemos que la verdad no es responsabilidad nuestra, hemos de contemplar también la posibilidad de no encontrarla.” (p. 46)

Uno de los capítulos más apasionantes del libro es cuando el autor habla del relativismo como conjunto de sistemas de pensamiento que ponen en duda la posibilidad de que la verdad pueda ser objetiva. El filósofo empieza con una crítica al relativismo sencillo, el que se parece al solipsismo y

que, como este último, es en principio contradictorio y nada convincente. Entonces, decide perseguir al relativismo posmoderno, para el que la verdad sólo vendría dada por la cultura y el sistema de poder que impere en una comunidad. El autor acaba rescatando la importancia del contexto, pero rechaza maravillosamente el resto de presuposiciones relativistas. Por otra parte, en el siguiente capítulo, se nos recuerda que asumir que exista la verdad objetiva no quiere decir que se tenga que buscar sin tener en cuenta sus consecuencias. A partir de ahí, nos propone que si la verdad no es siempre buena, nuestro objetivo deben ser las verdades relevantes, ya que la verdad no es el único valor que perseguimos, hay otros. Así, la relevancia de una creencia verdadera dependerá del contexto. Por lo tanto, cuando se investiga, no sólo queremos la verdad, queremos una verdad relevante y, a la vez, a menudo se quieren comprender las relaciones, es decir, la manera en la que encajan distintos aspectos de la realidad.

En la segunda parte del libro (capítulos 5, 6 y 7), quizás la más académica de todas, el autor va descartando distintas teorías de la verdad que considera falsas. En primer lugar, descarta el pragmatismo, empezando por el pragmatismo clásico, a través de argumentos básicos de la crítica al utilitarismo; la teoría de la verdad como coherencia; y en definitiva termina no considerando que la búsqueda de creencias verdaderas sea lo mismo que la búsqueda de creencias justificadas. Acepta que una buena justificación de una creencia es muy útil para consolidar la veracidad, pero rechaza que sea indiferente una creencia verdadera de una creencia justificada a nivel práctico, como lo asume el pragmatismo. Seguidamente, se encarga de examinar el realismo causal y la teoría de la verdad como correspondencia. Lynch nos dice que sucede algo parecido al verificacionismo que, como teoría de la verdad, es insuficiente, porque no consigue explicar la verdad o la falsedad de todo tipo de creencia, sólo de las que se desprenden causalmente de algún fenómeno físico. Pero las verdades de tipo normativo no son compatibles con el verificacionismo, lo que hace que muchos verificacionistas postulen que los enunciados normativos sean imposibles de determinar como verdaderos o falsos, y sólo dependen de las opiniones. Lynch pone en duda esa concepción, y salva el obstáculo presentando un estatus ontológico de la verdad consistente en una pluralidad de formas que no la convierten en reducible

a la física, pero tampoco la convierten en metafísica. Se trataría de un valor éticamente deseable.

En la tercera parte de la obra, el autor entra en la vertiente más ética de su argumentación. En primer lugar (capítulo 8), nos muestra la importancia que tiene el hecho de que tengamos creencias verdaderas sobre nosotros mismos. Para él, *actuar libremente* significa que nuestras acciones concuerdan con nuestros deseos. Por eso, es importante conocernos y tener una buena autoestima, así como tener claro lo que queremos y lo que nos preocupa. Para el filósofo, seguimos una vida *auténtica* si somos fieles a nosotros mismos, pero incluso eso es una cuestión de grado, nos revela, y, en definitiva, quiere decirnos que hay creencias verdaderas dignas de interés no por lo que incluyen, sino por aquello de lo que forman parte: una vida feliz y próspera. Una de las distintas cuestiones interesantes del libro la encontramos cuando Lynch constata que declarar que una cosa puede ser *buena por sí misma* nos puede conducir a un *tapón conversacional*, ya que, de algún modo, parece que no haya nada más que decir. Considerar el autoconocimiento como algo *bueno en sí mismo* puede conducir a una situación similar, pero Lynch salva el obstáculo diciendo que si consideramos el autoconocimiento como una parte esencial de una vida feliz, llegamos a buen puerto, ya que decir que una vida feliz es *buena en sí misma* sí es asumible por todo el mundo. Seguidamente, hace una apuesta por la integridad intelectual, lo que no es una cuestión de mera coherencia, sino que es el rasgo propio de las personas que consideran importante la verdad en sí misma y que, por lo tanto, también están dispuestas a cambiar sus creencias si no son verdaderas e, incluso, a buscar la verdad y tener el valor de defenderla. La integridad estaría por delante de la autenticidad de la que hablábamos. Cuando nos habla de la felicidad, el filósofo nos dice que es falsa la postura que sostiene que la buena vida es conseguir aquello que se quiere. Para él, es más complejo: incluye la felicidad en el conjunto de sus conceptos fluidos, que son conceptos que pueden expandirse y enriquecerse en función de las circunstancias (p. 173) y, en definitiva, concluye que hay un concepto de vida feliz con ciertas características esenciales, aunque imprecisas. Así, quiere decir que aunque cada uno tiene un concepto de felicidad distinto, existiría una capacidad potencial de que nos pudiéramos de acuerdo en unos

principios básicos respecto a qué es la felicidad. Por lo tanto:

“Preocuparnos por la verdad y creer la verdad sobre lo que nos preocupa son ingredientes necesarios de la felicidad por ser partes necesarias de la integridad, la autenticidad y el amor propio. Implícitamente, por lo tanto, forman parte del concepto de felicidad.” (p. 176)

El capítulo 9 está dedicado a la relación entre la mentira y la importancia de la verdad. Primeramente, Lynch concluye que la veracidad es un aspecto central de la vida humana, ya que aunque todos hemos mentido alguna vez, la presunción de veracidad de las informaciones que nos rodean forma parte del trasfondo de la vida humana, y no podríamos vivir dudando constantemente de esa veracidad. En la misma línea, ser sinceros con los otros significa respetarlos, y el respeto entre personas, para Lynch, es algo aproximado a un valor universal, que comporta que la sinceridad se pueda entender como un bien constitutivo que refuerza la idea de que es importante preocuparse por la verdad en sí misma.

En el capítulo 10, y último, Lynch habla de la importancia política de la verdad, de cómo el hecho de que a la gente le importe la verdad le hará estar más atenta a los excesos de los gobiernos, por cuyo motivo existe la democracia liberal. Autodeclarándose liberal (en el sentido norteamericano), en concreto defiende al liberalismo (rawlsiano) basado en la existencia de derechos fundamentales, que esgrime que el propio concepto de *derecho básico* presupone el concepto de verdad objetiva (p. 203 y 204). Para Lynch, una moralidad política debe ser coherente internamente y coherente con las verdades empíricas sobre las acciones de los humanos. En definitiva, contraponiéndose al deflacionismo de Rorty y, a su vez, al constructivismo más extremo, dice que:

“Una creencia es verdadera si las cosas son como dicha creencia dice que son, y no porque, por ejemplo, nueve de cada diez personas la recomienden. La cuestión decisiva es simplemente que la creencia en una cosa no hace que ésta sea tal.” (p. 212)

En el mismo sentido, el autor concluye con una crítica directa a la actual administración de Estados Unidos y a sus políticas de control de la información, que contradicen el principio de que un gobierno democrático y liberal debe hacer prevalecer la verdad.